

FRANCISCO-JOSÉ PUCHALT FORTEA\*

## BREVE HISTORIA DE LA PALEOPATOLOGÍA

Con fuerza creciente se expanden en nuestro país los estudios de Paleopatología. En cuestión de poco más de quince años el número de trabajos surgidos a la luz pública sobre las evidencias de enfermar ha ido creciendo paulatinamente, dejando de ser cosa de unos pocos científicos solitarios y poco comprendidos. La difusión de libros y revistas, la aparición de congresos específicos, fundación de asociaciones y una mayor amplitud de pensamiento científico en el mundo de la arqueología, paleontología y medicina, hace que los estudios en este campo aumenten progresivamente y, sobre todo, de manera continuada. Poco a poco nuestras autoridades culturales van ayudando a difundir estos estudios y aportaciones al conocimiento, si bien hay que decir que aún se espera de ellas mucho más.

Pero ¿Qué es la Paleopatología? Hay que definirla, pero no basta con ello. Hay que saber, aparte de su definición, como aparece y como se desarrolla, en definitiva hay que saber su historia. Viendo esto podremos sorprendernos gratamente al ver que el hombre se ha interesado mucho y, desde hace bastante tiempo, por esta clase de conocimientos que aporta el estudio de las evidencias de enfermar en restos de organismos, ya sean humanos, vegetales o animales, de épocas pasadas. El que decida integrarse en esta rama científica ha de saber que no cae en un sitio por desarrollar ni va en una dirección desconocida, y ha de saber que no está solo.

Estudiemos pues la definición de lo que es la Paleopatología y, sobre todo, estudiemos su historia, esa vista hacia atrás tan necesaria para tener conciencia de lo que cada uno de nosotros va a encontrar al mirar hacia delante.

La Paleopatología es el estudio de las evidencias de enfermedad encontradas en los restos

---

\* Unidad docente de Medicina Legal. Facultad de Medicina. Universitat de València. (Estudi General).

de seres vivos de épocas antiguas. Esta definición es la natural unión de la propuesta por Sir Marc Armand Ruffer en 1914 y la que da Vuillemin al incluir a los vegetales, como organismos vivos que son, en el campo de estudio de la Paleopatología, unión de conceptos ya efectuada por León Palés (1).

La enfermedad en Paleopatología hay que entenderla como toda desviación del estado sano o normal del cuerpo que ha dejado una huella visible sobre los restos que han llegado hasta nosotros. Esta idea propuesta por Roy Moodie es acertada y fundamental para explicar el objeto del estudio: La enfermedad y sus evidencias (2).

Es una ciencia pluridisciplinar, pues, aunque tenga un fuerte contenido médico-biológico, todos pueden aportar algo, todos debemos estudiar mucho, todos somos necesarios. No se puede prescindir de nadie que pueda aportar nuevos conocimientos al acervo común. Alguien descubre los restos, alguien los estudia y clasifica, alguien aplica técnicas para su datación y estudio, alguien aplica, o modifica, técnicas especiales de estudio ya desarrolladas con otros fines, alguien integra los datos obtenidos en estudios generales, tanto de población como de salud o de propagación de una enfermedad.

Se pueden, y deben, aprovechar estos datos para dar cada vez una idea más exacta del mundo que nos rodea, tanto desde el punto de vista de estudio de las especies animales y vegetales ya extintas, evolucionadas, o llegadas hasta nosotros sin haber cambiado, como desde el punto de vista del estudio del hombre. Preciosos datos que nos hablarán de épocas pasadas, ayudando al continuo reescribir de la historia, tanto del hombre como de los demás seres que le rodearon en tiempos antiguos, o le antecedieron.

¿Qué ideas han hecho posible el grado de desarrollo de esta ciencia? ¿Cuáles han sido los primeros estudios? ¿Qué camino han seguido y qué desarrollo han tenido los estudios y las ideas? Entramos en la Historia de la Paleopatología.

Las aportaciones al conocimiento de los procesos de enfermar han sido numerosas a lo largo de los años, contribuyendo con conceptos, ideas, hallazgos, interpretaciones. Cosas éstas que han de estar en permanente revisión, pues al plantear dudas creamos nuevas ideas, siendo la certidumbre un elemento de corrosión.

Los estudios de Paleopatología se han centrado mucho en el hombre, Paleopatología humana, poco en los animales, Zoopaleopatología, y casi nada en los restos fosilizados de plantas, Fitopaleopatología. No se pueden ignorar ninguno de estos campos, pero el hecho es que los estudios sobre el hombre están mucho más desarrollados. Este extremo se justifica porque cuando el hombre abre su mente al conocimiento y mira a su alrededor ve que está rodeado de otros hombres, hay una especie de antropocentrismo investigador que tendrá que ir desapareciendo. Esta Historia de la Paleopatología, por ende, también tiene que incurrir muchas veces en este antropocentrismo casi obligado.

Ya en la época clásica aparecen las primeras anotaciones sobre fenómenos observados en esqueletos antiguos. Es de Herodoto de quien nos llegan las primeras noticias. Relata la aparición de una calavera toda de una pieza, sin huellas de unión entre sus elementos óseos, y la existencia de un esqueleto de cinco codos, entre las osamentas de los combatientes de la batalla de Platea.

Relata este mismo autor que pudo observar, él mismo, en un campo de batalla en el bajo Egipto, que el cráneo de los persas de Cambises era mucho más frágil que las calaveras egipcias procedentes del mismo combate (3).

No cabe duda que existieron más observaciones por parte de los estudiosos clásicos, medievales y del renacimiento. Forzoso es decir que no tendrían ni gran difusión, ni fueron de tipo continuado. Son estudios meramente descriptivos y totalmente empíricos. Pero no por esto hay que desestimarlos alegremente. Muchas muestras han llegado hasta nosotros, y no necesariamente de la mano de médicos. El cuadro de Santa Teresa, efectuado por Rubens y sito hoy en Rotterdam, presenta una curiosa calavera con sutura metópica, al igual que en algunos de los dibujos de la: "Nueva crónica y buen gobierno", ejecutados por su autor: Guaman Poma de Ayala (4). De nuevo, y siempre, el interés del hombre por el hombre y lo que le rodea.

Realmente los estudios de los vestigios de enfermedad en los restos antiguos empiezan a finales del siglo XVIII. Con Morgagni la ciencia se dota de un precioso concepto: El anatomo-patológico. Se ponen en relación las alteraciones de la salud del sujeto con las observadas en su organismo después de la muerte. Este concepto empieza a ser aplicado al campo de los estudios sobre restos esqueléticos en 1774 por Esper que, estudiando la pelvis de un mamífero fósil del Pleistoceno, describe una fractura consolidada, confirmada por reexámenes modernos. También describe un tumor óseo femoral en un oso de las cavernas y que atribuye a un tumor maligno, un osteosarcoma. Se empieza a atribuir una enfermedad al hallazgo de una lesión. Es el verdadero comienzo de la Paleopatología (2, 5).

Los primeros investigadores en este dominio, tales como Cuvier o Walther, limitan su curiosidad a la patología traumática más evidente y a las afecciones reumáticas en los animales fósiles, al ser el material más accesible en los museos. Es solamente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, con la fijación y revisión completa de la doctrina y de los métodos de la anatomía patológica efectuadas por Rokitsansky y Virchow, cuando los antropólogos, paleontólogos y los médicos abordan con detenimiento y continuidad el estudio de los vestigios de enfermedad en restos antiguos animales, humanos y vegetales.

Es, sobre todo gracias a los trabajos de Rudolph Virchow y al antropólogo y cirujano Paul Broca, cuando se admite ya de una forma generalizada, la existencia de indicios de trazas patológicas sobre las osamentas humanas y se reconoce el interés de su estudio sistemático. Prunières y Lucas-Championnière exponen en esta tan fecunda época sus trabajos clásicos sobre las trepanaciones y su significado. Cráneos trepanados y otras piezas de interés son analizados ávidamente por estos científicos, contribuyendo a la difusión del interés sobre estos estudios. Es descrita, dentro de esta misma época, la criba orbitaria por Welcker, estudiando cráneos de origen peruano, de Java, etruscos y africanos. Czermak inaugura el estudio microscópico de tejidos momificados, que tendrán continuidad 50 años más tarde en la obra de Ruffer. Incluso el estudio de cráneos deformados precolombinos halla su hueco en el ingente trabajo de antropología de Topinard, de más de 1100 páginas de extensión. Como se puede ver, la segunda mitad del siglo XIX es, en efecto, fecunda en esta clase de investigaciones. Parrot, Le Baron, Bartels y otros, tomaron esta vía examinando los restos humanos prehistóricos y galo-romanos de Europa occidental. A pesar de que se pueda poner en cuestión el diagnóstico de determinadas lesiones atri-

buidas a la sífilis y al raquitismo, el trabajo de estos sabios nutre a la ciencia de conocimientos médico-históricos nuevos e incontestables. Al final de este siglo ya hay pruebas ciertas de la presencia, sobre las osamentas humanas de épocas pasadas, de enfermedades diversas: Traumatismos, procesos inflamatorios purulentos y tuberculosos, neoplasias, afecciones reumáticas, caries dentarias, raquitismo, etc. (2, 5, 6, 7, 8, 9).

Muchos autores, al hacer un estudio por fases, al intentar encuadrar la historia en secciones temporales, hacen aquí una separación, como si al pasar del siglo XIX al XX se pasase un capítulo. Creo que no debe ser así pues no hay un hiatus en el discurso investigador ni ruptura con fundamentos ya establecidos. Al contrario, hay una continuación en progresión casi geométrica y aplicaciones de técnicas de estudio ya existentes a nuevas fuentes de hallazgos: sólo se puede hablar de expansión. ¡Y vaya expansión!

El primer tercio del siglo XX es la continuación casi frenética de los avances conseguidos a finales del siglo precedente en una progresión casi de vértigo. Aprovechando los progresos en conocimientos generales en patología ósea y en bacteriología, usando las técnicas de cortes histológicos y sirviéndose de las aplicaciones que ofrecen los rayos X, los científicos de este periodo identifican un número importante de enfermedades que habían dejado sus huellas en los tejidos de los cuerpos humanos, de animales, y aparecen también trabajos sobre fitopaleopatología.

Las adquisiciones científicas en este periodo transcurrido son recogidas en los excelentes trabajos monográficos de Marc Armand Ruffer, Roy Moodie y León Palés (1, 2, 9).

Es a principios de este siglo cuando se empiezan a hacer estudios serios sobre las momias de Egipto. Aunque los miembros de la expedición Bonaparte, Denon y Larrey, ya habían empezado a indagar en este tan interesante campo, es en estos inicios del siglo XX cuando se efectúan estudios con detenimiento sobre los cuerpos momificados egipcios, ayudándose para ello de los rayos X y de técnicas histológicas. El periodo de la escuela inglesa de medicina en Egipto, desde finales del siglo XIX, es particularmente extraordinario. Gente de la talla de Elliot Smith (anatomista), Armand Ruffer (bacteriólogo), Alfred Lucas (químico), y D. E. Derry (anatomista), fueron los protagonistas principales.

Un auténtico primer hito sobre la materia lo constituyen los primeros estudios efectuados sobre los cuerpos egipcios momificados de la Tebaida por Elliot Smith entre 1901 y 1905, y el primer análisis radiográfico, efectuado en 1903 también por Elliot Smith, analizando la momia de Tutmosis IV, ayudado por Howard Carter. Esta última proeza, y la forma de llevarla a cabo, ocupa una página propia en la Historia de la Medicina. Imagínese el lector una noche bien cerrada, buscando un coche de caballos en la ciudad de El Cairo, y cargando un fardo levemente parecido al cuerpo de un hombre envuelto en telas. Con todo sigilo es llevado ese fardo a una clínica de maternidad, donde había, desde hacía poco tiempo, el único aparato de rayos X existente en Egipto, para practicar el primer estudio radiográfico a una momia. Pocas veces la realidad supera tanto a la ficción (7, 8, 10).

Ruffer explora en profundidad el amplio campo de la Paleopatología en cuerpos momificados egipcios describiendo, entre numerosas patologías macroscópicas y microscópicas, la presencia de huevos calcificados de *Schistosoma Haematobium* en el aparato urinario de dos momias de la XX Dinastía. Renueva los procesos necesarios para hidratar tejidos momificados,

para su estudio al microscopio, con soluciones carbonatadas. Aplicando tinciones propias de técnicas de estudio con microscopio, realiza estudios no soñados hasta entonces, sentando bases y procedimientos vigentes hasta ahora. Sus estudios de Paleopatología fueron interrumpidos bruscamente, víctima su autor de la I Guerra Mundial (1, 2, 5, 9).

Esta especie de era dorada de la Paleopatología se documenta en el trabajo de Palés que, en su obra: "Paléopathologie et pathologie comparative", recoge una lista de seiscientos sesenta trabajos importantes sobre la materia (1).

Otra figura principal de este periodo de principios de siglo es la de Ales Hdrlicka. Creador de lo que es hoy el núcleo de la californiana colección del Museo del Hombre de San Diego, y autor de un renombrado manual sobre antropología física, describe en 1913 de una manera detallada la porosidad craneal parietal en cráneos precolombinos provenientes del Perú. Esta alteración fue denominada por su descubridor: Osteoporosis simétrica, atribuyéndole algo más que un origen de lesión local, afirmando que era el reflejo de un desorden más generalizado en el estado de salud del individuo portador de la misma. En 1929, Herbert Williams estudia los aspectos radiográficos e histológicos de esta osteopatía y explica estas lesiones por una hiperplasia funcional de la médula ósea, que acababan de ser descritas en ciertas anemias. Hallazgo y conclusión importantes para el desarrollo de estudios sobre anemias en poblaciones, aparte de como indicador individual de la misma (5, 9, 12, 13).

Aparentemente, a partir de los años 30 del siglo XX, y hasta la década de los años 50, la Paleopatología cae en una especie de letargo. Son años sociológicamente difíciles, secuelas de una gran depresión económica y de la terrible Segunda Guerra Mundial, y parece que encierran una congelación en la evolución de la investigación paleopatológica. Se confirman diagnósticos o se rectifican los ya hechos, pero parece que no hay mucho más.

Empieza la década de 1950 cuando, de la mano de los estudios de Lawrence Angel, se marca un nuevo punto importante: El estudio del estado de salud en el ámbito de colectividades. Todo esto sin abandonar el estudio descriptivo de huellas de enfermedad y su repercusión sobre el sujeto cuyos restos se estudian, dotándose de una rigurosidad cada vez más grande. A los medios de estudio desarrollados anteriormente, se añaden nuevos métodos y descripciones actualizadas de patología.

Se inician los estudios de la colectividad como unidad. Este enfoque novedoso permitirá en los sucesivos años el aportar datos valiosos sobre poblaciones, sus periodos de padecimiento, el estudio de la sociedad y su relación con su entorno. Hambres, epidemias, alteraciones más o menos bruscas de sus costumbres alimenticias, sus reacciones ante episodios hostiles y las repercusiones sobre esa sociedad, la relación entre distintos periodos temporales de una misma comunidad, costumbres, modos de vida, higiene y sanidad, morbilidad, etc. Aunque nuestros mayores dejaron casi siempre relatos, no es posible saberlo todo a través de ellos. Incluso existieron sociedades ágrafas que desaparecieron ha tiempo, no dejando tras sí más que un puñado de monumentos, los restos esqueléticos de sus protagonistas, y algunos nebulosos relatos de sus conquistadores.

Se empiezan a hacer estudios paleodemográficos, tablas de supervivencia, estudios de parasitología... Se aplican procedimientos estadísticos. Se inician estudios de enfermedades concre-

tas, comparando su evidencia en diversas sociedades, como la treponematosi venérea y las anemias. Los avances técnicos hacen posible incluso el estudio del estado de nutrición en poblaciones, por espectrografía y fluorescencia a rayos X.

Pero todo esto no es posible sin un mayor refinamiento de la Paleopatología descriptiva, que es la que proporciona el material adecuado de análisis de huellas de enfermedad. Evidentemente no todas las patologías existentes se pueden identificar por las huellas que dejan en los restos de seres vivos que han llegado hasta nosotros. La calidad de esos restos que llegan a nuestros laboratorios es, a veces, bastante pobre. Otras veces es la naturaleza misma de la reacción del organismo ante una noxa, la que impide una investigación profunda de cuales son las causas, pues puede ser pobre o inespecífica.

Nuevamente es la medicina, muchas de sus ramas, y la biología, las que proporcionan valiosas herramientas como, por ejemplo, la mayor accesibilidad a aparatos de rayos X, la disponibilidad de pruebas de laboratorio más sofisticadas, los datos que aportan los métodos de la antropología forense, los análisis de D.N.A., la determinación isotópica de elementos en tejido óseo para la indagación de los tipos de alimentación... Todo esto acompañado por labores de divulgación, enseñanza y comunicación impensables en épocas anteriores.

Son muchos los que brillan con luz propia desde 1950 en este panorama actual que es el nuestro. A partir de aquí se produce un progresivo aumento en el número y calidad de libros y trabajos en el terreno paleopatológico, de forma casi logarítmica.

Angel, con sus estudios sobre poblaciones griegas y M.D. Grmek con su concepto de patocenosis y su aplicación a los estudios del autor anterior, nos presentan nuevas perspectivas en el campo de la Paleopatología (5, 14).

Graña, Rocca, Graña Tello, Weiss, Lastres y Cabieses, nos hablan de los vestigios de enfermedad, procesos sanadores e incluso de costumbres sociológicas, a través del estudio de los restos de poblaciones sudamericanas. Möller-Christensen dota a la colectividad científica, paleopatológica y médica, en 1953, de preciosos datos sobre la enfermedad de Hansen, estudiando restos esqueléticos de leproserías en Dinamarca (5, 11, 15, 16, 17, 18).

Clásico es el trabajo de Brothwell, traducido al castellano con el nombre de: "Desenterrando huesos". Como clásicos son los trabajos generales y recopilaciones de Janssens, Jarcho, Calvin Wells, los de Morse sobre la tuberculosis,... Es esencial la reunión de trabajos en un solo volumen efectuada por Brothwell y Sandison, muy necesarios para cualquier investigador en Paleopatología; como esencial también el libro que reúne trabajos y técnicas en el estudio de las momias, editado por Aidan y Eve Cockburn; y la compilación hecha por Brothwell e Higgs de técnicas con el nombre de "Ciencia en Arqueología".

El diagnóstico de enfermedades en restos esqueléticos sufre un intensísimo impulso con el libro fundamental de Steinbock denominado: "Paleopathological diagnosis and interpretation". En él se establecen criterios diagnósticos precisos y preciosos para la Paleopatología humana. Este libro, junto con el de Ortner y Putschar denominado: "Identification of Pathological Conditions in Human Skeletal Remains", marca todo un hito en el diagnóstico riguroso de vestigios de enfermedad en restos esqueléticos.

Entre otros autores más recientes podemos citar a Jean Dastugue y Veronique Gervais, con

la obra titulada "Paléopathologie du Squelette Humain"; L. Capasso con su obra: "L'Origine de la Malattie". No quiero dejar de citar la monumental obra de Aufderheide y Conrado Rodríguez Martín: "The Cambridge Encyclopedia of Human Paleopathology", indispensable para el que se inicie ahora en el campo de la Paleopatología. Por otra parte, la difusión, cada vez más rápida y extendida de estudios y trabajos, poco creíble hace menos de treinta años, contribuye también a unas mayores cotas de conocimiento. Bancos de datos, repertorios de bibliografía, revistas e Internet, lo hacen así posible (8, 11, 19, 20, 21, 22, 23, 24, 25, 26, 27, 28).

Muchos y complejos métodos facilitados por el avance de las técnicas diagnósticas y medios físicos de estudio, hacen posible extender el conocimiento a unos niveles impensables tan siquiera hace 50 años. La edad-barrera histórica, por debajo de la cual no se consideraba el hacer estudios en restos esqueléticos, ha desaparecido, procediéndose en nuestros días a efectuar estudios de poblaciones de hace pocos centenares de años. La bibliografía últimamente recensada habla ya de más de 21000 referencias útiles en el campo de la Paleopatología... y esta cifra es muy superior si se añade al repertorio bibliográfico del Museo de San Diego, en un pie de igualdad con sus homólogos americanos, todas las comunicaciones de congresos nacionales de países europeos, poco citadas en esta publicación (29).

Hay que citar en lugar especial la creación de la Paleopathology Association, en el año 1971. Con mas de 500 socios repartidos por todos los países del mundo sirve de auténtica red que une y provee de canales de comunicación a los que investigan en el campo de la Paleopatología. Sus convocatorias de congresos, anuales en E.E.U.U. y bianuales en Europa, son siempre esperadas y la asistencia a ellos es cada vez más nutrida, exponiéndose los estudios y avances más recientes. Su medio de expresión, el Paleopathology Newsletter, es siempre esperado y comentado, sirviendo para intercambiar noticias y procedimientos, dar avances sobre libros e investigaciones.

## LA PALEOPATOLOGÍA EN ESPAÑA

El estudio hecho por Ayarzagüena pone de manifiesto diversos trabajos sobre restos humanos hechos a lo largo del siglo XIX. El retraso cultural de nuestro país en este tiempo, afirma este autor, hace que el desarrollo de estos esfuerzos y trabajos vaya a remolque de los avances de lo realizado en el resto de Europa, Francia principalmente. Señala los tímidos principios del estudio de restos antiguos aparecidos un poco antes de la mitad de este siglo, citando a Manuel de Assas, José Plá y Varela de Montes. Este último autor con la obra titulada: "Ensayo de Antropología, o sea Historia Fisiológica del Hombre en sus Relaciones con las Ciencias Sociales, y especialmente con la Patología y la Higiene".

Poco a poco, a partir de 1860, el interés por las ciencias que estudian los restos del hombre de épocas pasadas, va en aumento, si bien muy tímidamente. A partir de 1880 van apareciendo importantes trabajos efectuados sobre restos esqueléticos nacionales, por autores extranjeros y españoles: Verneau, Oloriz, Barras de Aragón, Hoyos Sainz, Aranzadi... Se estudian siguiendo metodología y procedimientos de la escuela francesa (30, 31).

Los primeros estudios serios sobre hallazgos en nuestra nación se hacen sobre material osteológico proveniente de las islas Canarias. Chil y Naranjo publica unas notas sobre anatomía

patológica de los aborígenes canarios, en 1900. Verneau, Hooton y Luscha publican también trabajos sobre el tema.

A partir de 1900 y hasta 1967, la tónica seguida fue principalmente la de estudiar cráneos trepanados, o presumiblemente trepanados, y la de publicaciones aisladas y, casi todas ellas de difusión un tanto limitada, con sus excepciones. Fusté, Fenollosa, Martínez Santa-Olalla, Rincón de Arellano, Barras de Aragón, fueron los autores principales de este periodo. Casi todos los trabajos desarrollados se limitaron a cráneos trepanados, algunas malformaciones y casos tumorales. Estos diagnósticos hechos por aquel entonces necesitaron ser fuertemente revisados posteriormente.

Vemos, pues, que hay una primera fase de indefinición general.

En este panorama una persona brilla con derecho propio: Juan Bosch Millares. Dedicó parte de su tiempo a estudios antropológicos y paleopatológicos, con numerosas publicaciones entre 1944 y 1975, culminando con la obra: "Paleopatología ósea de los primitivos pobladores de Canarias". En 1970 se inicia la colaboración de Rodríguez Mafiotte con el anterior autor citado, cerrándose el círculo tan necesario de investigación-docencia para la continuidad de la paleopatología canaria. Esta actividad se ve asegurada con la incesante actividad de Conrado Rodríguez Martín, que brilla con luz propia, trabajando especialmente en el estudio de momias guanches y colaborando activamente con universidades americanas. Fruto de ello es, unos ejemplos de entre muchos posibles, la organización del I congreso Internacional sobre Momias, o el Proyecto Cronos, sobre momias guanches (32, 33).

En la península los estudios sobre Paleopatología tardan en arrancar. Dos son las personas clave en este despegue: Jose Manuel Reverte Coma y Domingo Campillo Valero.

¿Quién no ha leído con interés el libro de "Antropología Médica I"? ¿Quién no ha quedado fascinado, literalmente hablando, por las posibilidades de la Paleopatología al leer el libro: "Paleopatología del Cráneo en Cataluña, Valencia y Baleares"? Autores los dos de gran prestigio, de abundantes trabajos y comunicaciones, y de estilo distinto y personal, han sido, y son, responsables de la dirección de muchas tesis doctorales y tesinas, y directores de cursos de divulgación y de doctorado. Ambos son responsables del asentamiento e impulso de la Paleopatología en nuestro país (34, 35).

En 1986 se celebra el VI congreso europeo de la Paleopathology Association, en Madrid, bajo la dirección de J.M. Reverte. En esa ocasión se establecen las bases de la Asociación Española de Paleopatología, que se funda al año siguiente. En 1988 se celebra su primera reunión en Logroño, a la que seguirán en 1989 y 1990, otras dos, bajo la forma de Jornadas. A partir de 1991 se celebran con carácter bianual bajo el formato de congreso: San Sebastián, Barcelona, Valencia, Cádiz, Alcalá la Real, y próximamente en Madrid.

En 1992, y dirigido por Domingo Campillo, se celebra otro de los congresos europeos de la Paleopathology Association, el IX. La opinión unánime fue que el nivel organizativo y científico sería muy difícil de superar en adelante. El techo se puso muy alto debido a su extraordinaria calidad (31, 36, 37, 38, 39, 40, 41, 42, 43).

Poco citados todavía, y escasos en número, son los trabajos de paleopatología sobre animales de épocas pasadas. Algo se ha avanzado desde los trabajos de Miralles y Crusafont, en 1952, hasta los trabajos de De Renzi y Belinchón, en el campo de la Zoopaleopatología. Se espera que



esta clase de investigaciones se expandan aún más, pues gente preparada hay para esto (44).

Varios son los centros que actúan a modo de invernaderos de plantas frágiles. Digo lo de plantas frágiles pues el paleopatólogo entra en esta ciencia por devoción, y si se descuida tiene que salir por obligación al necesitar su tiempo para una cosa tan banal como necesaria que es ganarse la vida. En estos centros se puede encontrar la acogida necesaria para colaborar en estudios amplios, intercambiar opiniones, procurar, y procurarse, información y bibliografía, tan escasa como de precios prohibitivos.

En Granada, y fundado por Manuel García Sánchez, está el laboratorio interfacultativo de Antropología, con su trabajo de investigación y de docencia, con Miguel Botella como uno de sus miembros más activos.

Albergado en la Sociedad de Ciencias Aranzadi está otro de estos centros. Francisco Etxeverría es uno de sus miembros más conocidos y queridos. Es un honor tener relación con él. Es autor, entre muchos trabajos suyos, de la recopilación periódica de bibliografía sobre Paleopatología en España (45).

En Madrid, cobijada en la cátedra de Medicina Legal, está la sede de la Asociación Española de Paleopatología. Allí se reúnen un puñado de excelentes profesionales, encabezados por Jose Manuel Reverte, presidente honorario de la asociación. Muchos de los paleopatólogos le debemos apoyo, risas, consejos e impulso en el campo de la Paleopatología. Un poco más allá está Pilar Julia Pérez, en la Facultad de Geología, siempre dispuesta a ayudar.

En Valencia, gracias a la pura tenacidad de José Delfín Villalaín, catedrático de Medicina Legal, nos albergamos unos cuantos de nosotros. Su apoyo es imprescindible, estando incluso dispuesto a batirse en duelo por nosotros, pese a la precariedad local de medios. Actualmente es el presidente de la Asociación Española de Paleopatología.

Dejo para el final al laboratorio de Paleopatología y Antropología cobijado por el Museo de Arqueología de Cataluña. Domingo Campillo, impulsor del mismo, es lo suficientemente conocido dentro y fuera de nuestras fronteras como para explicar su brillante andadura. Las deudas de gratitud contraídas por muchos de los que trabajamos en el campo de la Paleopatología son inmensas. Tarde o temprano acudimos, y acudiréis, a sus trabajos y cursos, a su apoyo y consejo.

Muchos autores sobresalientes españoles y extranjeros quedan por citar, como Eulalia Subirá, con su trabajo formidable sobre elementos traza, o Elisenda Vives con su difícil integración de los datos paleopatológicos a la hora de estudiar una población medieval (46, 47). No es porque no lo merezcan, pero no ha sido el propósito de este autor hacer de este trabajo el catálogo homérico de las naves griegas, además, hay voces más autorizadas que la mía. Pero es indudable que hay un brote imparable de actividad a partir de 1970, sostenido y en aumento, en el campo de la Paleopatología en nuestro país.

El último acto, por ahora, en el desarrollo de la Paleopatología en España ha sido la reciente creación de la Sociedad Catalana de Paleopatología. La personalidad recia de sus fundadores y componentes es una garantía de que va a ser una sociedad abierta y permeable. Todos los que trabajamos en este campo saludamos con alegría su aparición.

Ha llegado el final de este pequeño bosquejo. Espero y deseo que no por breve haya dejado de ser de interés.

Y habiendo mirado hacia atrás, continuemos hacia adelante.

**BIBLIOGRAFÍA**

- 1.- PALÉS, L.: *Paléopathologie et pathologie comparative*. Ed. Masson. Paris, 1930.
- 2.- MOODIE, R.L.: *Paleopathology*. Urbana: University of Illinois Press, 1923.
- 3.- HERODOTO: *Los nueve libros de la Historia*. Ed. Iberia. Barcelona, 1976.
- 4.- GUAMAN POMA DE AYALA, Felipe: *Nueva Crónica y buen Gobierno*. Ed. Historia 16. Madrid, 1987. Colección Crónicas de América.
- 5.- GRMEK, M.: *Les maladies à l'aube de la civilisation occidentale*. Paris, Payot, 1983.
- 6.- TOPINARD: *Elements d'Anthropologie Generale*. Paris, 1885. Delahaye éd.
- 7.- SANDISON, A.T.: Estudio de tejidos humanos momificados. En: BROTHWELL, D. y HIGGS, E.: *Ciencia en Arqueología*: pp. 505-510. Fondos de Cultura Económica, Madrid, 1980.
- 8.- BROTHWELL, D. y HIGGS, E.: *Ciencia en Arqueología*. Fondos de Cultura Económica. Madrid, 1980.
- 9.- ANGEL, J.L.: History and development of paleopathology. *A.J.P.A.* 1981; 56: 506-515.
- 10.- DAWSON: Foreword. En: BROTHWELL, D. y SANDISON, A.T.: *Diseases in Antiquity*. Ch.C. Thomas. Springfield, Illinois, 1967.
- 11.- BROTHWELL, D. y SANDISON, A. T.: *Diseases in Antiquity*. Ch. Thomas. Illinois, 1967.
- 12.- HDRLICKA, A.: *Practical Anthropometry*. Ed. The Wistar Inst. of Anat. and Biol. Philadelphia, 1936.
- 13.- WILLIAMS, H.V.: Human Paleopathology. *Arch. Path.* 1929; 7: 839-902.
- 14.- ANGEL, J.L.: The bases of Paleodemography. *A.J.P.A.* 1969; 30: 427-438.
- 15.- GRAÑA, F.; ROCCA, E.D. y GRAÑA, L.: *Las trepanaciones craneanas en el antiguo Perú*. Imprenta Santa María. Lima, 1958.
- 16.- WEISS, P.: Osteología Cultural, 1ª parte: I Prácticas cefálicas en general. II Prácticas cefálicas Médicas. *Anales de la Facultad de Medicina de Lima*: 505-565, 1958.
- 17.- WEISS, P.: *Osteología Cultural, 2º Libro: Prácticas cefálicas*. Universidad Mayor de San Marcos. Lima, 1961.
- 18.- LASTRES, J.B. y CABIESES, F.: *La trepanación del cráneo en el antiguo Perú*. Imprenta de la Universidad Mayor de San Marcos. Lima, 1960.
- 19.- BROTHWELL, D. R.: *Desenterrando huesos*. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1993.
- 20.- JANSSENS: *Palaeopathology: Diseases and Injuries of Prehistoric Man*. London: John Baker; New York: Humanities Press Inc. 1970.
- 21.- JARCHO: ed. Human Palaeopathology. New Haven and London: Yale University Press, pp. 116-120. SYMPOSIUM; 1966, HUMAN PALEOPATHOLOGY.
- 22.- WELLS, C.: *Bones, bodies and disease*. London: Thames and Hudson, 1964.
- 23.- COCKBURN, A. y COCKBURN, E.: *Mummies, disease and ancient cultures*. Cambridge University Press. Cambridge, 1980.
- 24.- STEINBOCK, R.T.: *Paleopathological Diagnosis and Interpretation*. C. Thomas. Springfield, 1976.
- 25.- ORTNER ET PUTSCHAR: *Identification of pathological conditions in human skeletal remains*. Smithsonian Institution Press. Washington, 1981.

- 26.- DASTUGUE, J. y GERVAIS, V.: *Paléopathologie du Squelette humain*. Ed. Boubeée. Paris, 1992.
- 27.- CAPASSO, L.: *L'Origine delle Malattie*. Marino Solfanelli editore. Chieti, 1985.
- 28.- AUFDERHEIDE, A.C. y RODRÍGUEZ MARTÍN, C.: *The Cambridge Encyclopedia of Human Paleopathology*. Ed. Cambridge University Press. 1998.
- 29.- *HUMAN PALEOPATHOLOGY AND RELATED SUBJECTS*. Ed. San diego Museum of man. San Diego, 1977.
- 30.- AYARZAGÜENA SANZ, M.: Avance de un estudio sobre los trabajos paleopatológicos en España en el siglo XIX. En *I Reunión Nacional de la Asociación Española de Paleopatología*. Logroño, 1988.
- 31.- *I REUNIÓN NACIONAL DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE PALEOPATOLOGÍA*. Ed. Centro Médico Riojano. Logroño, 1988.
- 32.- CAMPILLO, D.: Noticia Histórica de la Paleopatología en España. *Asclepio* II, 1992, pp. 173-191.
- 33.- BOSCH MILLARES: *Paleopatología ósea de los primitivos pobladores de Canarias*. Gran Canaria: E. del Excm. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1975.
- 34.- REVERTE, J.M.: *Antropología Médica*. Ed. Rueda. Madrid, 1981.
- 35.- CAMPILLO, D.: *Paleopatología del cráneo en Cataluña, Valencia y Baleares*. Montblanch-Martín. Barcelona, 1976.
- 36.- GÓMEZ BELLARD, F. y SÁNCHEZ, J.A. eds.: *VI European Meeting of the Paleopatology Association. Proceedings*. Madrid, 1986.
- 37.- *II REUNIÓN NACIONAL DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE PALEOPATOLOGÍA*. Ed. Centro Médico Riojano. Logroño, 1989.
- 38.- *III REUNIÓN NACIONAL DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE PALEOPATOLOGÍA*. Ed. Centro Médico Riojano. Logroño, 1990.
- 39.- ETXEVERRIA, F.: Enfermedad y Muerte en el pasado. *Actas del I Congreso Nacional de Paleopatología*. San Sebastián, 1991. *Munibe*, Suplemento nº 8. Ed. Sociedad de Ciencias Aranzadi. San Sebastián, 1992.
- 40.- MUSEU D'ARQUEOLOGIA DE CATALUNYA: *Proceedings of the IX European Meeting of The Paleopathology Association*. Barcelona, 1992. Ed. Campillo Valero, D.
- 41.- VILLALAÍN BLANCO, J.D.; GÓMEZ BELLARD, C. y GÓMEZ BELLARD, F.: *Actas del IIº Congreso Nacional de Paleopatología. Valencia 1993*. (Con anexo). Valencia, 1996.
- 42.- PÉREZ-PÉREZ, A.: Salud, enfermedad y muerte en el Pasado. *Actas del III congreso Nacional de Paleopatología*. 1995. Barcelona. Fundación Uriach, 1996.
- 43.- MACÍAS LÓPEZ, M.M. y PICAZO SÁNCHEZ, J. E.: La enfermedad en los restos humanos arqueológicos. *Actas del IV Congreso Nacional de Paleopatología*. Eds.: Ayuntamiento de San Fernando, Cádiz y Universidad de Cádiz. 1997.
- 44.- BELINCHÓN, M.: Algunas consideraciones sobre el estado actual de los estudios patológicos aplicados a Paleozoología. En: *Actas del II Congreso Nacional de Paleopatología*. Valencia, 1993.
- 45.- ETXEVERRIA, F.: *Bibliografía de las investigaciones sobre Paleopatología en España. Actualización*. San Sebastián, 1977.
- 46.- SUBIRÁ, M.E.: *Elementos traza en restos humanos Talayóticos*. Libros Pórtico. Zaragoza, 1993.
- 47.- VIVES, E.: *La població catalana medieval. Origen y evolució*. Eumo editorial. Barcelona, 1990.